

EL OBJETO PERDIDO (Primera parte)

Investidura e intrincación pulsional en la sociedad de consumo

Juan Gennaro

« Quizá cuando la gente los abandona, los objetos inanimados se convierten en objetos aún más inanimados. » Haruki Murakami

El psicoanálisis, que nace como una tentativa de explicación y de tratamiento de una serie de padecimientos humanos, no puede, sin pagar el precio del descrédito, ofrecerse como fuente de explicación de toda realidad sociológica o histórica.

Los colegas madrileños me solicitaron, hace ya muchos años, un trabajo sobre la sociedad de consumo¹ y su relación con la depresión, creando en mí esa extraña sensación, próxima del *unheimlich*, de estar, como el patito feo, en la granja equivocada. Sin embargo, me dejé llevar por la curiosidad y tal vez cierta vanidad culposa, y me dispuse a penetrar en esa *terra incognita* armado solamente con mis conocimientos psicoanalíticos...

Lo que ha dado en llamarse « sociedad de consumo », pareciera pertenecer, en efecto, a una categoría de fenómenos sociales que escapa al dominio del psicoanálisis. Mi reacción fue entonces dirigirme hacia una fuente más segura, intentando saber, desde el comienzo, de qué íbamos a hablar.

Obtuve en mi diccionario la definición siguiente : « Se dice de las sociedades de los países industriales avanzados en los cuales, dado que las necesidades elementales se consideran como aseguradas para la mayoría de la población, los medios de producción y de comercialización están orientados para satisfacer necesidades diversas en muchos casos superficiales y superfluas ».

Si dejamos de lado la nota un tanto cínica que hace referencia a esa « mayoría de la población », que deja en la sombra una « minoría » de cuya realidad nada se dice, notamos que se trataría de la satisfacción de necesidades, sin aclarar cual es la frontera que separa lo elemental de lo superficial o superfluo y sin describir el insólito mecanismo intelectual a través del cual algo que es definido como necesario es a la vez catalogado como su contrario, es decir, superfluo. Nos queda, sin embargo, la vaga impresión que la sociedad (del latín : *socius* – socio, aliado) llamada « de

¹ Si bien el núcleo original del presente trabajo es el mismo que expuse en España hace ya más de 15 años, el que someto hoy a los lectores ha sido revisado y reescrito casi por completo, sobre todo en lo que se refiere al movimiento pulsional en juego en los procesos que describimos y a la estructuración del *narcisismo primario absoluto* y la decusación pulsional que le da origen.

consumo », es una cierta alianza productiva, es decir, en su sentido latino, una alianza que conduce a la satisfacción.

Si observamos lo que ocurre en nuestras sociedades, industrial y tecnológicamente desarrolladas, veremos, en lo esencial, una impresionante maquinaria de producción de objetos de toda índole y de una no menos impresionante maquinaria propagandística destinada a provocar el deseo de poseerlos.

Llegados a este punto de nuestra investigación preliminar, encontramos ya algunos conceptos un poco más familiares al pensamiento psicoanalítico, a saber : objeto, deseo y satisfacción. Podríamos, siendo un poco temerarios, avanzar el primer término de una ecuación : **la sociedad de consumo aparece como una estructura social productiva que crea y multiplica, en grandes proporciones, objetos destinados a satisfacer sus bienaventurados sujetos.**

Hasta aquí, francamente, no hemos encontrado nada que sea realmente excitante. Continuando nuestra búsqueda, caemos en cuenta que la palabra « consumo » encierra ciertos secretos y algunas ambigüedades. En su origen latino, consumo tiene dos raíces que aparecen fundidas en esa palabra : *consummo*, que significa sumar, adicionar y *consumo*, cuyo significado es destruir, devorar, agotar y el de su derivado, *consumptor*, que es destructor.

Regresando a la sociedad de consumo vemos que, como lo indican las raíces latinas de la última palabra, paralelamente a la construcción de objetos, nuestra sociedad aparece como una inmensa maquinaria digeridora y destructora de los mismos.

En efecto, uno de los fenómenos fácilmente observables y que llaman la atención es la precariedad de la relación entre estos objetos, que son ofrecidos por la sociedad, y sus destinatarios : los deseantes consumidores. Vemos a estos últimos adquirir vorazmente una cantidad de bienes, pero notamos que en lugar de establecer una relación durable y de invertir afectivamente los mismos, todo parece empujarlos a su rápida eliminación y substitución².

² El teléfono celular que utilizo habitualmente tiene aproximadamente cinco años ; funciona perfectamente y llena mis necesidades de comunicación de manera óptima. Si bien algunas de sus partes se han desprendido con el tiempo y el uso, las he fácilmente reparado con un pegamento y mi estimado celular sigue funcionando a la perfección. Sin embargo, la casi totalidad de amigos y colegas, entre risas y chanzas se obstinan en incitarme a cambiarlo por un modelo de « última gama », alabando sus múltiples y novedosas funciones que me son totalmente innecesarias. Ahora bien, ¿por qué razón lo haría ? y a pesar de ser consciente de ser relegado, por mi actitud, a la categoría irredimible de *dinosaurio anacrónico*, persisto y firmo, pero no dejo de interrogarme sobre las particularidades de la estructura pulsional puesta en juego en esta singular investidura de objeto.

Nuevos productos, poseyendo cualidades reales o supuestas van a entrar en litigio con la imagen del objeto anterior, disminuyéndola y transformándola en anacrónica. ¡Lejos ha quedado el tiempo en el que un reloj o una lapicera pasaba de las manos de un padre a las de su hijo ! Todo parece indicar que existe una relación inversa entre el incremento de la urgencia adquisitiva y la permanencia del lazo entre el sujeto y su objeto. Si miramos las cosas desde esta perspectiva, la sociedad de consumo aparece ya no solamente en su dimensión creadora y reproductora sino en su aspecto destructor, mucho más oculto a un observador poco atento.

Paralelamente a la pérdida de interés por el objeto que se posee, notamos la existencia de una hipervaloración, una idealización del nuevo objeto aún no adquirido. Este aparece dotado de todas las virtudes, de una suerte de potencialidad casi ilimitada de satisfacer a quien lo adquiere.

La capacidad crítica del sujeto se encuentra disminuída, como en las situaciones de enamoramiento, ciertamente impulsado por una publicidad desbordante, basada en una forma de inversión anaclítica (es decir que las necesidades primarias se apoyan en las eróticas, en sentido inverso a lo que se observa en el desarrollo libidinal).³

Más que una apreciación de las características objetivas, de un sopesamiento de virtudes y defectos, el consumidor potencial atribuye al objeto todas las perfecciones, proyectando sobre el mismo sus propios deseos inconscientes, o para decirlo más precisamente, una parte de sí mismo, que « re-encuentra » en el objeto.

Mención aparte merece la dimensión del propio cuerpo vivido como un objeto a ofrecerse y ofrecer en este tipo de dinámica relacional.

Una sobrevaloración de una especie de imagen ideal, parece empujar al sujeto a establecer con su yo-corporal un vínculo basado en la sobre-exigencia super-yoica, debilitando las investiduras del yo y fragilizando la estabilidad de la autoestima.

El sobredimensionamiento publicitario de un modelo arquetípico, joven, deportivo, ágil, pareciera determinar la vivencia del cuerpo como un « objeto a adquirir ». Esto puede explicarnos la euforia particular de un despliegue gimnástico no siempre saludable y en ciertos casos, peligroso ; pero sobre todo, el debilitamiento de las investiduras del cuerpo « real », en beneficio de un ideal del yo, o mejor dicho de un yo ideal sobreinvertido.

³ Así por ejemplo, una bella muchacha, ligera de ropas, tratará de inducirnos a comprar cataratas de agua mineral o toneladas de yoghourt.

Se produciría un movimiento afectivo similar al efecto de « desencantamiento » del viejo artefacto frente al « último modelo » que acaba de salir.⁴

Podríamos incluir en nuestro análisis la tendencia creciente a establecer vínculos pretendidamente amorosos de naturaleza superficial, sin compromiso afectivo, designados con el nombre peculiar de *touch and go*, y que podemos también clasificar entre los comportamientos en los que la investidura del objeto es fugaz y se agota en su consumo (destrucción ?).

La correlación de estas últimas afirmaciones con los cuadros depresivos, en progresivo aumento en nuestras sociedades y con lo que David Liberman denominaba el síndrome de sobreadaptación, nos parecen evidentes, pero insistiremos en este punto más adelante.

Pensamos que nuestras sociedades parecieran favorecer (decimos favorecer y no crear) un tipo de relación de objeto que nos parece contener ciertos aspectos asimilables a un tipo arcaico⁵ de vínculo objetal. Ahora bien, ¿de qué manera se produce la investidura del objeto en los albores de la formación del aparato psíquico ? ¿De qué forma el montaje pulsional asegura la permanencia de esta investidura ?

De la simbiosis original al objeto

Numerosos autores han descrito el proceso de desarrollo del aparato psíquico en un movimiento que se desplaza desde un estadio de simbiosis primaria, en el que el bebé se encuentra fusionado con su madre y una progresiva separación en la que el niño la reconocerá como diferente de él mismo, movimiento de separación-diferenciación en el que se estructuran lo que Kant denominaba « formas *a priori* » o « puras », previas a toda representación : el espacio y el tiempo, pudiendo a partir de allí, discriminar entre un yo y un no-yo, así como entre un adentro y un afuera. Este proceso permite la estructuración del aparato psíquico, el desarrollo del Yo y el espacio psíquico, vivido como espacio interno. Desde esta perspectiva, la relación con el mundo exterior y sus objetos no existe como algo dado sino que se construye en las primeras etapas de la vida a partir de la sutil alquimia que se entreteje entre la

⁴ El auge de diversas formas de « correcciones » quirúrgicas pretendidamente « estetizantes » y que en realidad muchas veces conducen a horribles transformaciones corporales, parecen corresponder a este fenómeno. Como veremos luego, esto implica también considerar la economía pulsional en juego en estos procesos y la desintrincación pulsional que supone la desinvestidura del objeto y la liberación de fuerzas cargadas de agresividad hacia el mismo.

⁵ En el eje ontogenético.

madre y su niño, aún antes de su nacimiento. Tal como M. Mahler y F. Tustin (entre otros) lo han postulado, el niño parte de un estado de indiferenciación simbiótica en el que su Yo no está todavía diferenciado. Pero ¿cuál es el proceso a través del cual se produce esta diferenciación y cómo podemos pensarlo metapsicológicamente? Freud, en una nota en pie de página de su artículo de 1911 «Los dos principios del acontecer psíquico»⁶, se refiere a la dinámica pulsional de las primeras investiduras señalando una condición necesaria al inicio de la vida psíquica: «por poco que existan los cuidados maternos», nos dice, otorgando a estos cuidados un lugar preponderante en la génesis del aparato psíquico. Winnicott desarrollará más tarde este concepto, describiendo los cuidados maternos «suficientemente buenos» que aseguran el desarrollo del self.

Se produce en este estadio un entrecruzamiento de investiduras: el niño va a invertir el pecho que no diferencia de sí mismo, siguiendo el empuje pulsional de sus necesidades primarias, y la madre a su bebé situándolo y delimitando el marco sobre el que podrá producirse el giro pulsional que asegurará la carga libidinal necesaria a la investidura narcisística primaria (narcisismo primario absoluto) y la construcción del aparato psíquico.

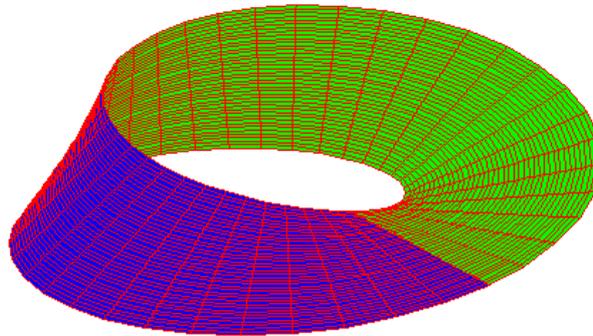
«Este movimiento de retorno permite alcanzar la zona del cuerpo que espera la satisfacción como si, en ella, fuera el objeto mismo que ha prodigado la satisfacción»⁷ nos dice André Green. Este proceso pone en juego la acción de un doble mecanismo: el retorno pulsional sobre sí mismo y la transformación en su contrario. A. Green ha llamado este proceso, la decusación pulsional primaria, describiendo el complejo mecanismo puesto en juego en esta investidura del propio espacio psíquico como objeto y que constituye lo que Freud denominaba «el narcisismo primario absoluto»: «El se trata como ella lo trata desde el momento en que ella ya no es una excentración de sí. La madre es atrapada en el marco vacío de la alucinación negativa y se transforma en la estructura que enmarca al sujeto mismo. El sujeto se edifica allí donde se consagró la investidura del objeto al lugar de su investidura. Todo ahora está preparado para que el cuerpo del niño se substituya al mundo exterior»⁸. Green utiliza la banda de Moebius, para graficar

⁶ Sigmund Freud, Formulación sobre *los dos principios del acontecer psíquico* (1911), Obras Completas, T. XII, Amorrortu ed, Buenos Aires, 1980, p. 225

⁷ André Green, *Narcissisme de vie, Narcissisme de mort*, Les éditions de minuit, Paris, 1983, p. 119.

⁸ Ibid. p. 126.

este movimiento pulsional⁹ que ilustra el doble movimiento de retorno sobre sí mismo y transformación en su contrario, así como la « soldadura » al objeto que consolida esta investidura.¹⁰



Es esta última fase, esta « soldadura » al objeto, que estabiliza la investidura pulsional, en la que nos detendremos ya que nos parece tener una particular importancia en el tema que motiva el presente trabajo.

Le investidura del objeto y la inquietante pulsión de muerte

Pocos postulados del psicoanálisis han producido tan fuerte resistencia como el que inicialmente (en 1920) Freud denominó « pulsión de muerte », tal vez mayor aún, y no es poco decir, que la sexualidad infantil. Es cierto que algunos años más tarde, en su artículo de 1924 « El problema económico del masoquismo », Freud intenta modificar parcialmente esta denominación. En la medida en que es orientada hacia el exterior, hacia el objeto externo, propone nombrarla « pulsión de destrucción », « pulsión de apoderamiento (o de dominio) » y aún « voluntad de poder », y agrega : « Un sector de esta pulsión es puesto directamente al servicio de la función sexual, donde tiene a su cargo una importante operación. Es el sadismo propiamente dicho ».¹¹ La porción de esta fuerza pulsional que se orienta hacia el interior, ligada « libidinosamente con la ayuda de la coexcitación sexual », será identificada por Freud con el « masoquismo erógeno originario »¹². (Fin de la primera parte)

⁹ Introducida por J. Lacan

¹⁰ Es indudable que la precedente descripción difiere de la que otros autores postulan, como Jean Laplanche, introduciendo la noción de una « represión primaria », para explicar la génesis del aparato psíquico. Es claro que esta última concepción crea la necesidad de explicar la estructura que ejerce dicha represión, teniendo en cuenta que el Yo no está todavía desarrollado, a menos de convocar a la genética introduciendo la idea de estructuras psíquicas preexistentes formando parte del patrimonio de la especie, como lo hace, por ejemplo M. Klein. Siguiendo a Green, la llamada « represión primaria sería secundaria a la formación del Yo y no su causa.

¹¹ Sigmund Freud, *Obras completas*, El problema económico del masoquismo, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, Tomo XIX, p. 169.

¹² *Ibid*, p. 169.

Bibliografía

BION, W. (1979), *Elements de psychanalyse*, Paris, PUF.

FREUD, Sigmund, *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911), Obras Completas, T. XII, Amorrortu ed, Buenos Aires, 1980.

GENNARO, Juan, *Hazme una casa*, Psicoanálisis y Universidad, Psicoanálisis, APdeBA, 2006.

GREEN, A. (1983), *Narcissisme de vie, narcissisme de mort*, Paris, Les éditions de minuit.

GREEN, A. (2000), *Le temps éclaté (2000)*, Paris, Les éditions de minuit.

WINNICOTT, D. *Jeu et réalité*, Gallimard, Paris, 1975.

Descriptores

Pulsión, Objeto, Narcisismo, Investidura, Autoerotismo primario.